

François Villon visita Medellín

Poemas ilustrados

HELÍ RAMÍREZ

Tragaluz Editores, Medellín, 2012,
87 págs., il.

HELÍ RAMÍREZ Gómez nació en Ebéjico (Antioquia), en 1948. Él mismo se define con trazos certeros: “Nací con el viento en contra”; “La soledad es el mejor borrador de uno mismo”; “El silencio es mi caleta”; “Los jóvenes siempre hemos muerto... y seguimos muriendo”; “Vivo con dos risas escondidas en mi cara”; “Y no me digas que uno es nada en la vida. ¿Somos nada? Somos. Yo, soy. Es imposible no ser algo”.

Ramírez ha usado la lengua que hablamos, su poesía ronda la oralidad. El ritmo procede del lenguaje callejero y está hecho de ensimismada soledad. El placer poético en este particular registro es goce verbal y está fundado en el idioma de las comunas de Medellín, en el sicariato, en la República Independiente de Castilla y las Comunas.

Extraño proyecto estético del gueto y del regionalismo literario de la barriada que dialoga con un cuerpo ideológico mayor de la poesía colombiana (antipoética) de vanguardia. Rara avis: escritura que rompe con la tradición parroquial costumbrista y regionalista de una Antioquia decimonónica rural.

Desde el libro *En la parte alta abajo* (1979) hasta *Golosina de sal* (1988), Ramírez está en busca de una cultura oral y popular que intenta conceptualizar y expresar en forma verbal transgredida todos los conocimientos de la calle, el mundo vital de las comunas y los bajos fondos de la urbe. En su estructura poética, los elementos se conectan de manera fragmentada, con una deformación voluntaria y natural del dialecto barrial con ortografía, gramática y sintaxis propias.

POEMA 7

Poraquí
no tenemos carros de basura
ni árboles en las esquinas
ni lámparas en el frente de las casas
.....
porque
poraquí
nos reunimos en las esquinas

fumamos mariguana
canción traje obscuro
niño sin cabeza
.....

[*La ausencia del descanso*, 1975]

Los poemas de Helí Ramírez le transfieren al texto literario una propiedad *emocional* del habla cotidiana en la cual la jerga, el idiolecto, el barbarismo, el neologismo refuerzan el extraño clima poético. Estados afectivos alterados por la pérdida, la muerte, la locura siempre al filo dan a estos textos una reserva y una contención poco comunes en nuestra lírica actual.

“Fumaba. Tahuriaba. Tirábamos baretta. ¿Cómo así que yo dizque soy poeta?”. La oralidad copiosa y redundante se hace afecta al misterio y la magia. El pensamiento extenso del poeta crea su propio ritmo, un ritmo que viene de la memoria agazapada de las calles. La respiración, la gesticulación y la expresividad verbal le otorgan a esta poesía cierta continuidad emotiva en un prosaísmo deliberado. Los versos se cortan dejando espacios blancos en la página.

Su poesía “esculca en los rostros el pensamiento... el pensamiento que no se ve”. Fuera de la mente no hay nada a qué volver. La mente debe avanzar: “Y yo alerta hasta con mis nervios”. Elkin Restrepo y Carlos Castro Saavedra intuyeron en esta poesía una fuerza y un ímpetu pocas veces vistos en la actual poesía colombiana.

Los versos de Ramírez tienen una particular construcción hecha de largas enumeraciones que se cortan hasta el balbuceo y la afasia. Sus paisajes son mentales, la ciudad es siempre interior. Aquí se disloca la gramática, el poeta se queda con su imaginería, con su extraña estética, renuncia a los largos desarrollos argumentales y prefiere, finalmente, sus digresiones.

Hasta su último libro *Desde al otro lado del canto*, publicado en la colección Letras Vivas de Medellín, en 2011, el poeta deja que la muerte y la locura formen parte de su escritura, la *materia cruda* se cuela en el reino de lo simbólico. La historia es la fuente misma de la vida social y, por consiguiente, la perspectiva que mejor puede decirla e interpretarla.

Los textos luminosos, vitales y enérgicos de este poeta antioqueño

nos pertenecen, ya que su marginalidad lingüística y social forma parte de nuestra violencia y nuestro propio despojo. El autor ha creado un idioma y una historia originales, las dislocaciones geográficas y lingüísticas nos enseñan una poética de lo precario, en las que el poeta es un expatriado, un extraviado en su propio terruño. George Steiner habla del extranjero de sí mismo y lo sitúa en la atopia y la *extraterritorialidad*.

SOBRE EL PECHO DE LA MUERTE

La avenida entera para el pistolero
que en la parrilla de la moto
esconde su rostro en una cachucha.
El fierro con la boca caliente en la
mano.

El pistolero
a mil por hora de la moto en la
parrilla pensando
que siendo el rey no debería estar
serio sino riendo...

Y no ríe.

Los poemas de Ramírez nos recuerdan, por la desarticulación en el lenguaje, por sus asociaciones desconcertantes, por sus distorsiones y a veces cierto ilogicismo, el lenguaje translúcido de César Vallejo en *Trilce*. El lector debe olvidar sus hábitos literarios y sus costumbres mentales para entrar en la misma longitud de onda, en la misma actitud receptiva que esta poesía propone. Lo disonante y lo desmesurado entran con el viento a favor en la poesía colombiana.

Jorge Cadavid